

México preside el Consejo de Seguridad de la ONU

Jorge Montaña

El peor momento en la historia de Naciones Unidas ocurrió en los gobiernos de Bush hijo. Los neoconservadores irrumpieron cual talibanes obsesionados con acabar el terrorismo islámico. El unilateralismo, disfrazado de "multilateralismo a la carta", desgastó la confianza internacional en el sistema.

Organismos especializados como la OMS y la OIEA resintieron el embate de la vocación supranacional estadounidense. La agresión contra el Consejo de Seguridad fue el detonador del desaliento universal, generando dudas que persisten sobre su eficacia para asegurar la paz y la seguridad internacional.

Es explicable que en 100 días Obama no ha dado señales sobre la posición del gobierno frente a la ONU, salvo designar una representante con antecedentes de negociadora, incluida en el gabinete. Los cuatro miembros permanentes restantes actúan con prudencia en espera del líder del grupo. La Casa Blanca ha generado expectativas dado el cambio de rumbo político ya realizado, drástico para cualquier país y vertiginoso en los parámetros de la potencia mundial. En circuitos multilaterales hay la percepción de que los estadounidenses tienen un presidente capaz de resolver los problemas internos, quien ha expresado convicción en coadyuvar en la solución de los conflictos que afligen a la humanidad. Persiste la incógnita: ¿qué papel visualiza para Naciones Unidas?

En abril, México presidió sin estridencias el Consejo de Seguridad, corroborando la importancia de una participación profesional en ese órgano, lo que desmiente la tesis falaz de que la membresía asegura el conflicto con EU. Además de atender los asuntos en proceso, en ese lapso Corea del Norte lanzó un proyectil, amenazando la integridad de los vecinos.

Los buenos oficios de Relaciones Exteriores y las negociaciones del presidente del consejo permitieron una declaración aceptable para los afectados, misma que exhorta a seis gobiernos

que negocian un acuerdo con los agresores a que intensifiquen sus conversaciones. Este era un caso obvio de amenaza a la seguridad internacional, desactivado diplomáticamente en sus efectos inmediatos.

Siempre hemos combatido la opacidad del consejo, amparada por procedimientos secretos que demandan los miembros permanentes. De las 13 sesiones del mes, 11 fueron públicas, destacando la dedicada a la mediación como fórmula de arreglo pacífico de controversias, en la que se evocaron las aportaciones nacionales en la materia, tanto del Grupo Contadora como en los procesos de paz en El Salvador y Guatemala. Estas últimas dos realizadas dentro de Naciones Unidas sentaron un precedente en su eficacia para restaurar el orden constitucional, confirmando que las fórmulas pacíficas se deben agotar antes de utilizar la coacción internacional contemplada por la Carta de la ONU.

La participación en el consejo confirma las responsabilidades que conlleva el peso político del país, que debe abandonar prejuicios añejos para ser eficaz en el contexto mundial. Nuestra ausencia en operaciones de mantenimiento de la paz sin personal armado debe corregirse de inmediato. La participación durante 20 meses más en este órgano permitirá presionar una reforma de la organización que prescinda de la ampliación del consejo. La comunidad de naciones demanda reactivar los temas del desarrollo y asumir los nuevos retos como cambio climático o lucha contra el crimen organizado.

Lo inaceptable es la parálisis de la última década. La diplomacia mexicana tiene el mismo desafío que condujo al Tratado de Tlaltelolco o la Convención del Mar, creaturas nuestras. La estrategia supone concertación, no liderazgos. El propósito superior es que Naciones Unidas asuma la conducción de los temas más urgentes. La burocracia internacional no lo hará porque no conviene a sus intereses. Son los estados miembros quienes deben responder frente a la crisis mundial.

montesco98@yahoo.com
Analista político

**LOS ESTADOS
MIEMBROS
DEBEN
RESPONDER
FRENTE A LA
CRISIS MUNDIAL**

